



09/18/2016

UNA CARTA DE ÁNIMO JUSTO ATIEMPO Jeremías 29: 1-13

Hoy en día ya casi no se usan las cartas. Con los avances tecnológicos es más fácil escribir e-mails, textos, tweets, Facebook, etc. Si se es medio floj@ para escribir, puede mandar una foto o una imagen que por sí sola *dice* mucho más que mil palabras.

Siempre es agradable recibir uno de estos mensajes, pero mayormente cuando estamos pasando por situaciones difíciles. Es bien reconfortante y además se siente bien bonito saber que hay alguien que se preocupa por uno. Eso nos llena de ánimo y de fuerzas para salir adelante.

Esto fue precisamente lo que sucedió a la nación de Israel. Poco después de la primera deportación a Babilonia, el profeta Jeremías envió un mensaje a los exiliados. En él los exhortaba a aceptar las nuevas condiciones de vida que les imponía el destierro, ya que este sería más largo de lo que ellos pensaban. Los animaba a adaptarse a su nueva situación con la esperanza de que un día regresarían; los animaba a permanecer firmes como nación y a que tengan siempre presente que Dios no los ha olvidado y que tiene grandes planes para ellos una vez que regresen del cautiverio. Lo más importante de todo es que no se trataba de un buen deseo de Jeremías, que seguramente lo tenía, sino que la carta era inspirada por Dios; Jeremías escribe en el Nombre de Dios, por lo tanto, es el mensaje de Dios para Su pueblo cuando éste está atravesando por tiempos difíciles. Esta es una carta de Dios.

El rey Nabucodonosor de Babilonia se había llevado de Judá cautivos (prisioneros) a personajes importantes de la política, de la sociedad y aún de la religión. Dos motivos importantes tenía para hacerlo: En primer lugar, asegurarse que no se reorganizaran para defenderse y, en segundo lugar, aprovechar los talentos de estas personas para beneficio de Babilonia.

Seguramente había una gran confusión acompañada de tristeza y desánimo tanto en los judíos que habían sido llevados al cautiverio, como en los judíos que se habían quedado en Jerusalén. También, seguramente pensamientos de desesperación y de derrota cruzaron en los habitantes

que fueron llevados y en los que se quedaron. Por eso Jeremías les escribe una carta de parte de Dios con el fin de consolarles y animarles.

Nabucodonosor había puesto un nuevo “rey” judío en Judá para tener control de la nación. Este gobernante se llamaba Sedequías. Sedequías envió unos embajadores a Nabucodonosor probablemente con el fin de pagarle tributo. El tributo era una cuota, como una especie de impuesto, que pagaban los países conquistados a su conquistador. Jeremías aprovechó el envío de tales mensajeros para mandar su carta porque era un mensaje de Dios para ellos. Vamos a ver qué dice la carta:

“Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los de la cautividad que hice transportar de Jerusalén a Babilonia:” (v.4).

Lo primero que hace Jeremías en la carta es asegurarles que lo que él dice no se trata de sus buenos deseos sino que es Palabra de Jehová para ellos, para Su pueblo. Jeremías solamente escribió lo que Dios le dijo. La carta es de Dios. En la carta, Dios les dice que fue Él quien los hizo transportar de Judá a Babilonia. Es decir, no era que Nabucodonosor había ganado ni que sus dioses eran más poderosos que el Dios de Israel. Era que Dios había permitido lo que pasó con un propósito. Dios siempre está en control y siempre tiene propósito en todo lo que hace.

Ya quedó claro, es Dios quien habla. Pero, ¿cuál es el mensaje?

“Edificad casas, y habitadlas; y plantad huertos, y comed del fruto de ellos. Casaos, y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos, y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas; y multiplicaos ahí, y no os disminuyáis. Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz” (vv.5-7).

Les pide que no piensen en otra cosa, sino en establecerse allí en Babilonia y sacar de la situación el mejor provecho posible. Allí se deben de acomodar, deben de adaptarse a las nuevas condiciones de terreno, clima, cultura, alimento, etc. Adaptar no quiere decir adoptar. Adaptarse significa que deben acostumbrarse a vivir con ello aunque no sean parte de ello. Deben adaptarse de tal manera que no se les haga más difícil la situación y que, por el contrario, sea lo más confortable posible para ellos. Entonces deberían construir casas y habitarlas, formar familias, vivir en paz con los habitantes de Babilonia y orar por la paz de la ciudad. En la medida en que Babilonia esté en paz, ellos vivirán en paz; y en la medida en que contribuyan para el bienestar de su nueva ciudad, ellos tendrán

bienestar también. En otras palabras, no pueden pensar en regresar pronto y sí deben pensar en establecerse allí y planear para el futuro.

Así mismo debemos hacer nosotros cuando nos enfrentamos con situaciones nuevas que no esperábamos. Debemos adaptarnos a nuestras nuevas condiciones y establecernos pensando hacia el futuro en cuanto a crecimiento y desarrollo. Debemos también orar por la paz de nuestras ciudades porque en la medida en que estas ciudades estén con paz, nosotros viviremos con paz y paz es justamente lo que necesitamos hoy en día. También, por supuesto, debemos orar por nuestras autoridades.

Pero además, debemos de aprender a adaptarnos a las condiciones de vida que tenemos porque esto es actuar con sabiduría para sacar el mejor provecho posible para nosotros y para no perdernos de todo lo que podemos disfrutar por estar llorando y lamentándonos por aquello que nos haya traído hasta donde estemos, es decir, por estar pensando en el pasado o en lo que pudo haber sido y no fue, o en lo que perdimos, etc. De todo podemos sacar ventaja porque como dice el Apóstol Pablo: *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”* (Ro. 8:28). Más adelante, Pablo dice que si sabemos esto, es decir, si lo creemos de verdad, entonces somos más que vencedores (Ro. 8:37). Esto es saber sobreponerse a la adversidad. En lugar de lamentarnos por lo que estemos viviendo ahora, debemos de pensar en desarrollarnos y en aportar desde donde estamos.

“Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: No os engañen vuestros profetas que están entre vosotros, ni vuestros adivinos; ni atendáis a los sueños que soñáis. Porque falsamente os profetizan ellos en Mi Nombre; no los envié, ha dicho Jehová. Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, Yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros Mi buena Palabra, para haceros volver a este lugar” (vv.8-10).

En aquellos tiempos, como en nuestros días, siempre surge el falso profeta que quiere aprovecharse de la situación de dolor y confusión para sacar provecho para él mismo. Estos profetas falsos le decían al pueblo que su cautiverio iba a muy ser breve y que no debían pensar en echar raíces en Babilonia. Uno de esos falsos profetas se llamaba Semaías (la Palabra de Dios nos permite denunciar por nombre a los falsos profetas). Semaías vivía en Babilonia y envió cartas a Jerusalén pidiendo al sacerdote Sofonías que hiciera callar a Jeremías con quien no estaba de acuerdo. Sofonías respondió con otra carta dirigida a los cautivos en

Babilonia comunicándoles que Semaías no era enviado de Dios aunque afirmara lo contrario. ¡Bien por Sofonías!

Sin embargo, hay algo importante en estos versículos en lo que me quiero detener un poquito. Cuando dice: “...*ni atendáis a los sueños que soñáis...*”, es porque, tal como ocurre hoy en día en la Iglesia, al parecer ellos mismos, o sea, el pueblo, eran los que animaban a los falsos profetas para que les revelaran lo que ellos querían escuchar; solo cosas bonitas. El Señor denuncia esto mismo en el Libro de Isaías cuando dice: “*Porque este pueblo es rebelde, hijos mentirosos, hijos que no quisieron oír a ley de Jehová; que dicen a los videntes: No veáis; y a los profetas: No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras*” (Is. 30:9-10).

En otras palabras, los judíos rechazaron el mensaje de advertencia de los profetas porque no era lo que querían oír y porque no estaban en comunión con Dios; en cambio, prefirieron prestar atención a las palabras que endulzaran sus oídos aunque fueran mentiras. Es mi convicción que mucha parte de la iglesia está estancada hoy porque tiene este mismo pensamiento equivocado de querer escuchar lo que le gusta y no lo que necesita, y cuando viene un profeta de Dios predicando un Evangelio de arrepentimiento por el pecado, de conversión de su estilo de vida, de compromiso en el servicio y en la entrega al Señor, éste muchas veces es rechazado, atacado, criticado, insultado, difamado y en muchos casos, hasta asesinado (Mt. 23:31,37 / Lc. 11:47-48; 13:34).

Dios tiene preparado un castigo bastante fuerte para estos falsos profetas (Jer. 20-23). Ojalá los falsos profetas de nuestros tiempos se dieran tiempo de echar una mirada a estos capítulos para que dejen de hacer lo que están haciendo. Es muy difícil que lo hagan porque son guías ciegos como dijo el Señor Jesús (Mt. 23:16,24). Solamente Dios puede quitarles el velo que no los deja ver.

Dios, a diferencia de los falsos profetas engañosos, les ofrece un fundamento sobre el cual pueden edificar confiados. Dios les dice que Él volverá cumplidos 70 años en Babilonia, con lo cual pondrá fin al cautiverio y, desde donde estén, los va a regresar a la tierra de donde salieron, es decir, Jerusalén y Judá (vv.10-14). En otras palabras, nuestro enfoque y fundamento no está en las palabras que queremos oír porque sean bonitas y nos agraden, sino en las que necesitamos oír aunque nos sacudan. Nuestro fundamento para actuar siempre debe estar únicamente en la

Santa y Bendita Palabra de Dios. Allí encontraremos enseñanza, dirección y corrección (2Ti. 3:16), pero también encontraremos las ricas y abundantes promesas de Dios que mantienen nuestra fe activa y nos permiten encontrar alivio y descanso para nuestras vidas.

No necesitamos que falsos maestros nos endulcen la Palabra para que sea agradable para nosotros. Los hijos de Dios sabemos que la Palabra de Dios es dulce en sí misma (Sal. 119:103 / Ez. 3:3), aun cuando su mensaje pueda ser de advertencia o de regaño, porque es Dios hablándonos; el Dios que nos advierte o nos llama la atención porque nos ama. Pero también es el Dios que nos levanta, que nos anima y nos fortalece para seguir adelante.

“Porque Yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a Mí, y Yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (vv.11-13).

La palabra *pensamientos* también se puede traducir como *planes* (Sal. 33:10), o como *diseño* (Ex. 31:4 / 2Cr. 26:15). Todo lo que Dios hace, o permite que pase, tiene propósito y en todo tiene el control. Entonces todo forma parte de Su plan, y Sus planes son buenos, como lo es Su voluntad (Ro. 12:2). Los planes que Dios tiene para Su pueblo Él los prepara cuidadosamente y brotan de Su incomparable e infinita sabiduría. Esto significa que, si era Dios quien los había llevado allá, podían estar seguros de que lo había hecho para bien de ellos, no para su daño; podían estar seguros que no los abandonaría nunca. En su debido tiempo, las cosas empezarán a mejorar y serán completamente restaurados. ¿Cómo puede ser para su bien el hecho de ser llevados fuera de su país, en esclavitud por 70 años? Claro que es bueno, porque ahora ellos aprenderán a fijar su mirada en Él y a depender de Él. Aprenderán a desarrollar su fe en medio de la prueba y Él les dará conforme a su fe, en respuesta a esa fe. Aprenderán a amar y a servir al Único y Verdadero Dios de Israel. Aprenderían un nuevo comienzo más fresco, más sano, más santo. Un nuevo comienzo que los llevaría a estar definitivamente mucho mejor que como estaban.

El deseo de Dios era darles un futuro y una esperanza, en un nuevo comienzo más fresco, más sano, más santo. Ese es el bien que ellos esperaban y el bien que Él prometió darles. Pero para que esta bendición llegara era necesario que, desde donde estaban, en el cautiverio en

Babilonia, reconstruyeran su vida y su relación con el Señor. Para lograrlo, iba a ser necesario que pusieran a Dios en primer lugar y que lo buscaran en todo tiempo en oración; entonces Él escucharía y respondería a sus ruegos.

Conclusión.

El Señor nos está enviando una carta de ánimo también a nosotros que estamos pasando por situaciones difíciles tal vez en la familia, en el trabajo, en el ministerio etc. No se trata de los buenos deseos de este predicador que está hablando, se trata de Dios mismo hablando a través de Su Palabra. Dios está hablando a Su Iglesia.

En primer lugar, el Señor nos llama a aceptar nuestras nuevas condiciones de vida, nuestra nueva realidad, con la esperanza de que, en su debido tiempo, Él nos levantará, nos fortalecerá y nos prosperará. Dios tiene grandes planes que se traducen en grandes bendiciones una vez que pasemos la prueba. En segundo lugar, el Señor nos llama a desarrollarnos desde donde estemos en este momento; nos llama a trabajar a dar fruto. Entonces vendrá la bendición.

Cuando situaciones difíciles se nos presentan, muchas veces cometemos el error de caer en depresión, tristeza, confusión y desánimo, y nos viene el deseo de dejarlo todo; pensamos que tal vez no vale la pena. Pero el Señor nos dice que Él está con nosotros, que Él no hace o permite cosas para nuestro mal, para nuestro daño. Los planes que el Señor tiene para nosotros son planes de bien. Dios tiene buenos propósitos para nosotros. Solo debemos creerle, caminando con fe y sirviéndole en todo momento. Sólo debemos de pasar la prueba.

Debemos de tener una actitud optimista, positiva, con un corazón agradecido en lugar de quedarnos encerrados en las glorias del pasado cuando todo iba “mejor” y estábamos más cómodos, ni debemos quedarnos lamentándonos y entristeciéndonos por nuestra nueva situación. Dios lo permitió con propósito. Ahora, con esta actitud de agradecimiento debemos de sacar ventaja de nuestra nueva realidad y debemos empezar a producir frutos. De esta manera demostraremos que hemos creído al llamado del Señor. Amén... Vamos a orar...